

## MARÍA-MILAGROS RIVERA GARRETAS

### La política de las mujeres: historia y actualidad.\*

¿Por qué la política de las mujeres? Decir que porque soy una mujer es una respuesta casi banal y, a la vez, difícilísima. Si añado que porque lo que me falta no es ser hombre, sino amar mi propio ser mujer, amar mi ser mujer y mi origen femenino, entonces la respuesta se vuelve menos banal y, quizá, menos difícil. Pienso que el acoger y escoger la diferencia de ser mujer ha sido la dificultad histórica de las feministas de mi generación, la generación quizá más emancipada y antimaterna del siglo XX. Porque en la época de la emancipación creímos algunas de buena fe que todo en el ser mujer era resultado de la opresión, y, si no lo veíamos tan oscuro en nosotras, les atribuimos esta miseria a muchas otras. La dificultad ha consistido en acoger y elegir libremente algo –el propio ser mujer– que no es, en rigor, susceptible de elección, como se dice en la obra *No creas tener derechos*, escrita por las mujeres que forman la Librería de mujeres de Milán.<sup>1</sup> Pues el nacer mujer u hombre es un hecho recibido, es un don de la propia madre; pero es un hecho recibido que se puede negar, un don que se puede

\* He presentado versiones distintas de este texto en el encuentro "La política de los dones", celebrado en Reus el 30 de noviembre de 2002 por deseo de Lourdes Albi y Àngels Bosque, y en el celebrado en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima) sobre "Género y diferencia: desigualdades y libertades", el 6 de mayo de 2002, por deseo de Emma Mannarelli y Patricia Martínez i Alvarez.

rechazar, por ejemplo luchando una mujer por equipararse con el hombre. Ahí radica la libertad más difícil de vivir.

Para poder entender este sentido de la libertad, o sea, elegir mi ser mujer: algo que no es, aparentemente, susceptible de elección, yo he hecho un camino algo tortuoso. En la infancia, aprendí que ser mujer era algo que requería ser siempre tenido en cuenta; tenido en cuenta por mí como un valor, como un significante, pero, también, como un valor que había que custodiar un poco a la defensiva. Yo fui una niña y una adolescente educada por mi madre y por su hermana, mi tía Flavia, en el principio de igualdad de oportunidades entre los sexos, pero no en el principio de igualdad o unidad de los sexos. Esto quiere decir que la igualdad era entendida como valor equiparable de niñas y niños, no como que la mujer fuera ni tuviera que ser homologable al hombre. Por eso, me fue inculcado el amor al estudio, a la independencia económica, al trabajo doméstico autoconsumido, a la libertad de ser o desear ser alguien... Por eso, también, se protegía más el cuerpo de las hijas que el de los hijos; pues el cuerpo femenino, como portador que es de más divino, requiere una atención mayor; y por eso, ni mi madre ni mi padre me empujaron a que estudiase ciencias en vez de lo que yo quería, que eran las humanidades.

Luego, en la Universidad de Barcelona, no tuve contacto con el feminismo; pero sí noté que, en el movimiento de lucha contra la dictadura que sufríamos entonces, las alumnas brillantes de mi clase eran reemplazadas por alumnos mediocres cuando se trataba de protagonizar un acto político, grande o pequeño. Esto se me quedó grabado, pues no coincidía con el valor que yo creía que tenía el ser mujer en el mundo. Le atribuí este fallo a la dictadura. Cuando me fui de España en 1970, en Roma viví las luchas en torno a la ley del aborto y del divorcio, luego en Munich, en 1974, de nuevo las manifestaciones en torno a la ley del aborto, y en Chicago, a partir de 1975, la lucha por el *Equal Rights Amendment* (la enmienda a la constitución norteamericana para la igualdad de derechos), que las mujeres pobres rechazaban, especialmente las negras pobres, porque las obligaciones que comportarían los

derechos que les querían dar empeorarían a corto y medio plazo sus condiciones de vida y su sentido propio del ser mujer. Fue entonces cuando di un corte en mi carrera universitaria y empecé a dedicarme en serio a estudiar el pensamiento y la historia de las mujeres, y también a hacer de la universidad mi lugar de la política; porque ya no podía atribuirle a la dictadura la contradicción entre mi aprendizaje infantil del ser mujer como valor, como signifiante, y la política progresista que yo conocía, que ponía el acento en la igualdad de las mujeres con los hombres.

### **La diferencia sexual, una evidencia del cuerpo humano**

La diferencia sexual es una evidencia del cuerpo humano. Es algo fundamental, es un hecho configurador de cada vida femenina o masculina, de sus potenciales, de sus posibilidades de existencia en el mundo y en la historia. Es fundamental porque es un hecho que funda y acompaña durante toda la vida el cuerpo que cada uno es, el cuerpo que cada una es. Uno es dado a luz niño, una es dada a luz niña: es este el primer anuncio que se hace –a la madre, al padre, a los amigos y amigas– de una vida nueva, es el primer rasgo del que se informa. Nadie nace en neutro.

El hecho de nacer niña o niño viene antes del contrato social. Esto quiere decir que es un hecho previo a la pertenencia de clase, para entendernos. Es un hecho susceptible de historia, porque no se es niña de la misma manera hoy que ayer, no se es hombre de la misma manera en el siglo XII y en el siglo XX; y se es ambas cosas de manera algo distinta en las diversas comunidades de hablantes y en las distintas clases sociales. No es, por tanto, un dato fijo, sino un hecho interpretable, un hecho siempre en movimiento, siempre en proceso de conservación y de cambio. Pero es un hecho que persiste, sin haberse dejado cancelar por décadas de políticas que suelen confundir la igualdad de oportunidades –una lucha social verdadera– con la igualdad de los sexos –una lucha ficticia y, por eso, interminable–

El hecho fundamental y fundador del cuerpo y de las relaciones humanas que es la diferencia sexual, se ha quedado fuera de la cultura universitaria y de la política con poder del Occidente que yo he conocido y conozco. Tanto es así que apenas se oye hablar de la diferencia sexual en las clases universitarias, ni en España ni en los Estados Unidos, por ejemplo: aunque se oiga más en España que en los Estados Unidos, porque Europa conserva la memoria de una historia previa a la modernidad en la que muchas mujeres tuvieron la osadía de medirse con Dios, no con el hombre (y se sintieron pequeñísimas, claro), frente a los Estados Unidos, que nació de los ideales de igualdad, fraternidad y libertad de la Revolución Francesa. Y lo mismo ocurre en la política con poder, o sea, en la política fundada en los partidos políticos.

Que la diferencia sexual se haya quedado fuera de la cultura universitaria y fuera de la política con poder, es una paradoja. La paradoja consiste en que todas y todos sabemos que somos mujer u hombre, todas y todos sabemos que en la vida, en la calle, en la historia, hay y solo hay mujeres y hombres, niñas y niños. Y, sin embargo, cuando leemos un libro de historia o un libro de filosofía, o escuchamos un discurso político, este dato básico desaparece; y quien hace historia, pensamiento o política deja de ser una mujer, deja de ser, también, un hombre, para convertirse en un ente ficticio, en un neutro que el feminismo de los años setenta del siglo XX llamó un neutro pretendidamente universal.

De esta manera, los libros de historia o de filosofía o de política pasan de lo que se puede llamar el régimen del dos, que es el que explica y expresa la vida corriente, al régimen del uno, que es el propio del pensamiento abstracto de la cultura universitaria y de la política del dominio. Lo que el pensamiento abstracto abstrae en primer lugar es, precisamente, la diferencia de ser mujer y la diferencia de ser hombre: pues la diferencia sexual se presenta siempre y solo en dos, femenina y masculina.

El proceso de transformación de la criatura humana sexuada en un sujeto neutro pretendidamente universal es un proceso propio, en Occidente, de la Edad moderna y de la Edad contemporánea. En la Europa medieval hubo una sensibilidad bastante grande hacia la diferencia humana primera. La cosmogonía feudal se formó en torno a dos principios creadores, cada uno de los cuales era percibido y entendido como de alcance cósmico: estos dos principios creadores eran el masculino y el femenino. Es la teoría que en los siglos XII y XIII fue puesta en palabras con la expresión *los dos infinitos*; dos infinitos que eran Dios —el principio masculino— y la materia primera —el principio femenino—.

La Europa moderna fue perdiendo el sentido de los dos infinitos a partir del Humanismo y, más intensamente, a partir del siglo XVI. Lo hizo ayudada por las universidades y por los tribunales de la Inquisición, que se aplicaron en la misoginia y, entre el siglo XV y 1700, en la caza de brujas, dificultando las relaciones de diferencia. De manera que, poco a poco, el principio femenino fue subsumido en el masculino; hasta desaparecer —no de la vida ni de la calle— pero sí del pensamiento universitario y, también, de la política con poder. Esta pérdida llegó a su punto máximo en el siglo XX, con los totalitarismos; los totalitarismos intentaron erradicar o volver insignificantes también otras diferencias: el nacionalsocialismo o nazismo, con su antisemitismo o su persecución de la gente gitana y alemana disidente, fue un ejemplo extremo del régimen o política del uno. El totalitarismo ha sido un pensamiento y una política terriblemente empobrecedor de la vida: porque se cierra a lo otro, a lo distinto. La apertura a lo otro es, en cambio, la sustancia del amor, la gran riqueza que el amor ofrece a la convivencia humana política.

Cómo se explica esta paradoja, ese cancelar la Europa moderna y contemporánea la relación entre la diferencia sexual, y el pensamiento universitario y la política con poder.

Pienso que el siglo XVI inauguró una directriz histórica y política que fue

la de excluir la receptividad: excluir la pasividad, el dejarse dar. Y, al mismo tiempo, concentrar la energía humana de la época en lo activo: lo activo, o sea, el dar, dar cuando es solicitado y, también, cuando no lo es, cuando no se le pide nada a Europa. Esta directriz política está, en mi opinión, entre los orígenes del imperialismo moderno: es decir, entre los orígenes del imperialismo que transformaría a Europa en Occidente. Junto a lo activo, Europa favorece y apoya la autonomía, el no depender de nadie. Pero el cuerpo femenino se ajusta mal a estos dos proyectos, porque es un cuerpo dispuesto a la receptividad. Es un cuerpo abierto a lo otro, un cuerpo abierto a lo distinto de sí: un cuerpo con capacidad de ser dos.

En este marco político, la diferencia sexual, la diferencia humana primera, estorba; estorba porque es un hecho recibido pasivamente que funda la propia existencia y que, además, vincula a cada criatura humana, sea mujer u hombre, con su origen, o sea, con su madre y con el hecho de haber sido dado o dada a luz. Poniendo de esta manera en entredicho la pretensión de autonomía, de no ser hijo de nadie, propia del individualismo moderno, al servicio del capitalismo.

Por eso, la diferencia sexual va progresivamente siendo empujada hacia los márgenes del pensamiento y de la política con poder, hasta quedar casi del todo olvidada en la primera mitad del siglo XX. Casi del todo olvidada, pero no olvidada del todo. Se ha refugiado, en primer lugar, en la lengua, en la lengua materna, en la lengua que hablamos. Todas las lenguas tienen recursos para señalar la diferencia de ser mujer y la diferencia de ser hombre. Son recursos distintos en cada una de las lenguas, pero están siempre presentes. El recurso más corriente es el género gramatical, aunque hay otros más misteriosos: por ejemplo, el no dejarse la lengua forzar de buena fe hasta decir algo que me desgarraría como mujer, por ejemplo “sujeta” o “individua”.

La atención a los recursos de la lengua materna es muy importante para poder percibir la diferencia sexual en el mundo. Porque los recursos que la lengua materna tiene y que la madre enseña cuando nos

enseña a hablar, se van perdiendo en la enseñanza que llaman reglada, es decir, en la escuela y en la universidad. En la enseñanza reglada se habla, por ejemplo, del hombre prehistórico, del hombre medieval, de la filosofía del hombre; se dice que el hombre entra en relaciones de producción, que el campesino o el esclavo sufrían explotación, que los niños morían con facilidad en las sociedades anteriores al descubrimiento de la penicilina... y así sucesivamente: siempre para referirse a mujeres y hombres, a obreros y obreras, a campesinas y campesinos, a niñas y a niños.

En la enseñanza reglada, se van perdiendo los recursos que señalan la diferencia sexual, hasta el punto de que se podría decir que la lengua materna y el lenguaje universitario son dos lenguas distintas. Dos lenguas distintas también cuando el sistema de signos es el mismo: hoy damos las clases en castellano o en catalán, pero hay una ruptura entre la lengua materna y la lengua del aula que, antiguamente, se manifestaba con más claridad porque en casa y en la calle se hablaba la lengua materna y, en cambio, en la universidad se daban las clases en latín, una lengua ya muerta. Esa ruptura se expresa hoy en el rechazo de lo que se suele llamar "el lenguaje académico".

El lenguaje universitario y político es un lenguaje que llamamos abstracto. Lo que este lenguaje abstrae, en primer lugar, es –insisto– la diferencia sexual.

Ocurre entonces que una alumna no acaba de reconocer su genealogía en la historia del "hombre moderno", ni un alumno acaba tampoco de reconocer como antepasado suyo a ese "hombre moderno" que ha absorbido dentro de sí a las mujeres de la época y que asume, por tanto, una responsabilidad histórica enorme, desmesurada.

Sin embargo, hay que decir también que el lenguaje abstracto no abstrae de la misma manera ni con la misma intensidad la diferencia de ser mujer y la diferencia de ser hombre. Lo femenino desaparece del todo en las palabras de este lenguaje, desaparece en las palabras que,

en el conocimiento universitario, dicen lo que es; lo masculino, en cambio, se presenta con su forma gramatical completa, aunque cargado con una tarea mayor.

Cuando yo intento significar la diferencia sexual hablando en femenino y en masculino, diciendo, por ejemplo, en una clase “los historiadores” y “las historiadoras”, esto causa inquietud, como si se abriera una caja de sorpresas, de riesgos, como si se tocara una cuestión muy delicada. Que no es más que el riesgo de conflicto entre los sexos. Un tipo de conflicto que parece estar hoy en un estadio pre-político, mudo. En el caso de la incomodidad que se produce siempre, en un aula cualquiera de la facultad, cuando yo digo “las alumnas y los alumnos” o “los historiadores y las historiadoras”, el conflicto es el que podría nacer de la contradicción entre una historia explicada en términos de “el hombre medieval” o “el hombre prehistórico” y una universidad —la Universitat de Barcelona— en la que el 63 % del alumnado que escucha esas explicaciones estaba formado en el curso 1998-99 por alumnas.

### **Un conocimiento apegado a la vida**

Tener en cuenta la diferencia sexual transforma el conocimiento y la política introduciendo en ellos la materia viva de la experiencia humana femenina, con toda su riqueza. Porque para transformar el conocimiento no basta con estar en la universidad; ni para transformar la política basta con estar en los partidos o en los gobiernos. Estar es una posibilidad de inicio, nada más; la transformación se da cuando el sentido del lugar al que se ha accedido se deja transformar por la experiencia y por los deseos de las recién llegadas.

Yo no he militado nunca en un partido político: no puedo, pues, hablar de esta experiencia. Pero sí puedo hablar de la universidad, que es mi lugar de la necesidad desde hace bastantes años. De la universidad decimos hoy que se ha feminizado, internacionalmente; y decimos también que las alumnas siguen sin reconocerse en lo que en ella se

enseña.

El proceso de feminización de la universidad comenzó en la generación del mayo francés, del mayo del 68, aunque a veces hubiera que hacerlo a pesar del 68. Fue esta generación la que sintió en masa la necesidad de transformar el conocimiento universitario de manera que una mujer pudiera sentirse a gusto en él. Porque para algunas alumnas de esa época, el paso por la universidad –deseado y libre, como fue– resultó inesperadamente alienante y molesto. Lia Cigarini, por ejemplo, que estudió Derecho en los años 60, ha descrito su paso por la universidad como *una especie de pesadilla fálica*. La alienación no consistió solo en que las jóvenes de entonces nos reconocieramos en muy pocas cosas del conocimiento que nos era transmitido en las clases; la alienación radicó en la imposibilidad de que ese conocimiento –o sea el conocimiento histórico, filosófico, literario, etc., que habíamos elegido– pudiera nacer en cada una de nosotras. Si el conocimiento no nace en mí, no me queda mas que repetir, glosar y transmitir, con palabras más o menos prestadas, un *corpus* ya muerto. O sea, una auténtica pesadilla.

Para transformar el conocimiento se empezó a finales de los años sesenta a practicar la diferencia de ser mujer. De las prácticas fue naciendo, después, la teoría. En las prácticas inventadas entonces se dirimió precisamente la posibilidad de que naciera en cada una el conocimiento que ella había escogido como su especialidad: en mi caso, la Historia. Pienso, mirando ahora ese pasado, que algunas de las invenciones de entonces han triunfado.

La práctica de la diferencia de ser mujer empezó partiendo de sí; no de posturas ideológicas aprendidas en los partidos políticos o en la universidad.

El partir de sí es una práctica política, científica, histórica, etc. inventada en el movimiento de las mujeres. Concretamente, nació en lo que se llamaba entonces los grupos de autoconciencia. Los grupos de autoconciencia aparecieron espontáneamente en muchos lugares del mun-

do en esos años: aparecieron en los Estados Unidos, en América Latina, en Europa occidental..., también en España, a pesar de la dictadura que sufrió durante cuarenta años. Eran pequeños grupos de mujeres que nos reuníamos casi siempre en nuestras propias casas o en pequeños locales. Nos reuníamos para hablar de nosotras, de nuestro ser mujeres, y, hablando de nosotras, interpretar el mundo. Fue así como se tomó conciencia de la importancia de la propia experiencia, más allá de las posiciones ideológicas (no en contra de ellas). Fue en los grupos de autoconciencia donde se empezó a hablar de la diferencia sexual.

Hablar de práctica del partir de sí marcó una separación radical entre los grupos de autoconciencia y los partidos políticos; porque los partidos políticos partían de principios, de directrices dadas, de consignas. La práctica del partir de sí, en cambio, es una o uno quien la hace, introduciendo de este modo en la política una verdad viva, una verdad del propio yo, un yo que está dispuesto a transformarse, a separarse de sí, precisamente partiendo de sí: la transformación de sí es lo más radicalmente político.

El propósito del partir de sí no fue transformar la realidad sino transformar mi relación con la realidad. Pongo un ejemplo.

Yo puedo organizar una reunión o ir a una manifestación para exigirle al gobierno que reforme o retire la ley de extranjería. Hago la reunión y regreso a casa: delego mi deseo en un partido político, en las cortes, en el senado, donde sea.

O puedo preguntarme ¿qué estoy haciendo yo para relacionarme con los y las inmigrantes de mi entorno? ¿Me limito a tolerar democráticamente a quienes llegan o me relaciono, me dejo dar algo de su cultura además de procurar que aprendan la mía? Esta segunda actitud es ya política, me cambia a mí y cambia inmediatamente las relaciones. Lo hace sin ir en contra de la reunión o de la manifestación, que sirven para expresar una opinión.

La diferencia sexual no es, pues, una variable más a añadir a una serie de otras variables del discurso político de hoy, variables como género, raza, etnia, clase social, posición en el sistema colonial o preferencia erótica. Se trata más bien de pensar un no pensado, de decir un no dicho, de mirar el mundo entero y decirlo con palabras nacidas de una política que no omita el sentido libre de la sexuación del cuerpo humano.

Esto quiere decir que la diferencia de ser mujer y la diferencia de ser hombre son una criatura humana significando: significando libremente en cada situación el hecho de ser un cuerpo sexuado. Algo que marca mi existencia entera, aunque a veces no me decida a tomarme la libertad de reconocerlo.

A mí esta propuesta me resulta muy atractiva porque devuelve a la gente, a la gente común, las riendas de lo político; riendas usurpadas sobre todo por el Despotismo Ilustrado, del que dicen los manuales que condensó su política en la consigna *todo por el pueblo pero sin el pueblo*.

**nota:**

1. Librería de mujeres de Milán, *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*, trad. de M. Cinta Montagut Sancho con Anna Bofill, 2ª ed. corregida, Madrid, horas y HORAS, 2004.